

Vicente, el Nigromante

Para "El Universal"

Ignacio Iribarren Borges

HACE algunos años escribí un pequeño libro sobre la poesía de Vicente Gerbasí. Como siempre trato de hacerlo, procuré insertar su obra dentro de las corrientes literarias, no sólo de nuestro ámbito, sino de los más amplios de gran tradición de Occidente. Nunca he sido amigo de la autoctonía en el arte; creo que es uno de los respiraderos del subdesarrollo. Cada poeta refleja en sus versos la propia personalidad, sus vivencias y las circunstancias de su vida, así como las peculiaridades de su medio físico, pero si se trata de un artista mayor, su voz habrá de formar parte del gran coro universal de nuestra civilización.

Vicente, el de Canoabo y Vibatón, es un hombre apacible y cortés, generoso y discreto, con sus ojos y su gesto siempre dispuestos a perdonar. "Vicente es un príncipe", me dijo una vez Consuelo, su mujer, muy bien asistida por las dos especies de razones de Pascal. Estoy de acuerdo con ella, y sé que me permitirá añadir a su frase: "Vicente es el autor de *Mi Padre, el Inmigrante*".

No desearía entrar en comparaciones ni menos formular juicios enfáticos. Sin embargo, me parece que somos muchos los que coincidimos en decir que el poema de Gerbasí es uno de los de mayor relevancia que se haya escrito en Hispanoamérica. No solamente por la belleza de su forma y su genuina raigambre en el mero corazón de nuestra América, sino también por la trascendencia de los temas que palpitan trémulamente en la entraña de sus versos. Acabo de releerlo por la enésima vez y he vuelto a sentir la misma emoción estética que me produjo la primera lectura.

En el librito aludido traté de expresar mi opinión sobre los valores estéticos y de anotar las sugerencias que, a nuestro oído y muy quedamente, nos quiere confiar el poeta. A ella me remito, así como a los numerosos juicios formulados por autorizados críticos venezolanos y extranjeros. Porque en esta oportunidad, deseo más bien referirme a la persona de mi amigo Vicente Gerbasí. Nos conocemos casi desde la infancia y apenas recuerdo alguna etapa de mi vida en la que nuestra afinidad espiritual no haya estado presente. Hemos pasado, ciertamente, largo tiempo sin reunirnos; pero, al oír de nuevo su voz cerca de mí, los recuerdos vuelven a anudarse como nunca han dejado de estarlo.

Tal vez ya sea tiempo de echar una mirada al título que, con ánimo desprevenido, colocara al iniciar estos comentarios. Bien castigado por las sorpresas que a menudo nos depara, consulto en el diccionario el significado de la palabra nigromante. Tampoco esta vez deja de asombrarme el indispensable amigo, pues yo tenía al vocablo como el apelativo de un mago bueno; el así llamado es el practicante de un "arte vano y supersticioso de adivinar lo futuro evocando a



Ignacio Iribarren Borges, junto a Vicente Gerbasí y su esposa Consuelo. En Ginebra, 1971.

los muertos"; su acepción familiar es aun más tétrica: "Magia negra o diabólica". Pese a estos anatemas lexicográficos, no me siento dispuesto a emprender la búsqueda de otro término que, recordando a Váleriy, reúna estas tres condiciones: 1. Cuatro sílabas con acento grave; 2. Sonoridad concordante con el título del gran poema de Gerbasí, y 3. Que por su resonancia misteriosa sea del agrado de mi amigo. Después de todo, si le suprimimos las connotaciones difamatorias del solemne diccionario (*dont chaque édition fait regretter la précédente*, suele repetir Borges, no sé si de su propia cosecha), muy bien lo podemos aplicar a un conjurador de prodigios, a un Próspero en la isla encantada de su fantasía, que, en definitiva, es lo que es un poeta. Además, no creo que nada agradaría más a la traviesa imaginación de Vicente, que ataviarse con el traje de cuentos de los nigromantes, el capucho y la larga batola bajo la cual asoman las agudas puntas de las sandalias, y echar a caminar ceremoniosamente repitiendo con pausado tono: "Venimos de la noche y hacia la noche vamos..."

En Canoabo y Vibatón se tejen los recuerdos: "Nos contamos nuestras historias y recordamos los inviernos", dice un verso temprano de Vicente. Luego ellos, los recuerdos, se irán paulatinamente enriqueciendo durante la diplomática de 1946 a 1971 (interrumpida tan sólo por los años de la última dictadura), iniciada en Bogotá, continuada en La Habana, Santiago de Chile, Ginebra, y coronada en Israel, Dinamarca, Noruega y Polonia. Cada estación señala un hito en la poesía de Gerbasí. Algunos de mayor resonancia. Los países nórdicos dejan una estela de melancolía en varios de sus poemas: "...mientras Ofelia se ponía un velo de luna nevada, / ay, de luna nevada entre

los abedules". "Y las brujas, todas vestidas de colores a cuadros, / se reúnen frente al aeropuerto de Copenhague / para salir a volar hacia los cuatro puntos cardinales". Tal vez por eso una alondra siempre canta tristemente / a orillas de la gran noche fría".

He enfatizado antes la significación para Vicente del ascenso a la colina de Jerusalén, "piedra a piedra": "...entre tus muros de hueso carcomido, / en tu noche melódica, / abro tu libro bajo los relámpagos". El Libro es el mismo, la Sagradas Escrituras, que permitiera a Dante descubrir el secreto de la analogía que es la clave del universo. Nuestro poeta presiente que la antigua armonía podría haberse extraviado en la metáfora del libro del mundo, cuyas páginas he echado a volar la insaciable razón de moderno Fausto. También se topa en la Tierra Santa, ¿dónde no está?, con su vieja enemiga: "La muerte no se detiene en la piedra, / ni en nuestros huesos, / ni en la semilla de la cereza, / ni en los huesos de nuestros hijos, / ni en la sombría panteón de obsidiana, / ni en los huesos de los hijos de nuestros hijos". Pero también le es permitido percatarse, una vez más, de la continuidad de la vida: "La tierra viaja llevada por la música / y el hombre sigue en las huertas / donde florecen los avellanos".

Pero ninguna de estas muestras de depurada poesía debe desviarnos de la verdadera senda gerbasiana, pues, es realmente en Canoabo y en Vibatón donde se forjan las vivencias de la historia individual del poeta, ligero parpadeo agustado entre las dos noches de su vida que la magia del nigromante ha de transformar en el gran presente de la historia universal, extendido entre la noche del pasado y la noche del futuro.